

cementerio. Recién llegado a España lo visité para poner unas flores en la tumba de Julián Grimau, cuyo cadáver se había permitido no hacía mucho trasladar allí después de intensas gestiones ante las autoridades franquistas. Y ví entonces las tumbas del teniente Castillo, cuyo asesinato provocara el de Calvo Sotelo en julio de 1936; la de Juanita Rico, baleada por los falangistas en 1934; la de Pablo Iglesias, Pi y Margall, Salmerón; las de los institucionistas, Sanz del Río, Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Jiménez Fraud. Allí judíos, protestantes, masones, agnósticos, socialistas, comunistas, anarquistas. Quise entonces fotografiar algunas de aquellas tumbas en el silencio de aquel día de entresemana (todavía no había conseguido trabajo) y salió un energúmeno, el cuidador del cementerio, prohibiéndomelo a gritos. No le hice caso, y, al salir, le vimos hablando iracundo por teléfono, llamando sin duda a la policía y señalándonos con el dedo. Volvimos de nuevo el 20 de abril del año siguiente —aniversario del fusilamiento de Julián Grimau— ya caída la tarde, y nos encontramos su tumba cubierta de claveles; y luego el primero de mayo —intento de homenaje a Pablo Iglesias— en que reconocí a Bustelo a pesar de sus barbas (y me presentó entonces a Felipe González...). La policía nos impidió la entrada al cementerio y hubimos de irnos de allí con las espaldas tundidas. Entramos sin embargo —comenzaban ya otros tiempos— cuando llegó de Francia el cadáver de Largo Caballero, y, más tarde, cuando enterramos a los abo-

gados asesinados en el bufete de la calle de Atocha. Entierros inolvidables, tumultuarios.

No lo fue el de Blas. Acaba de comenzar el verano, era fin de semana y llovía —el cielo mandó un lento sirimiri vasco en su homenaje. La gente se entera tarde. Ya no hay cortejo de miles de personas: Tal vez éramos trescientos. Umbral dice que ciento cincuenta. Fanny Rubio leyó unos versos de Blas:

Si me muero que no me mueran antes

de abriros el balcón de par en par...

Y luego la gente no quería irse. Hacía tiempo que los sepultureros, con esa lógica indiferencia que siempre nos asombra, habían cubierto la fosa de tierra, y Sabina, muy seria, miraba sin ver el pequeño montículo que era, en la superficie revuelta de terrones, la réplica física de un hombre que ya no volveremos a ver. "Un poeta como la copa de un pino", dijo alguien a mi lado. Y estuvimos allí unos minutos largos bajo la lluvia. Porque nadie quería irse.

Y un par de semanas después, en el homenaje que se le rindió en la Plaza de Toros de las Ventas, no cabía sin embargo un alfiler. Cerca de cincuenta mil personas nos reunimos allí a oír versos y canciones durante más de tres horas. Recordé el libro de versos de Blas que editó la UNAM hace tal vez veinte años. *En castellano*, se titulaba. Porque aquel poeta vasco, vasquísimo (lo he visto con boina metido en la cama) escribía en castellano.

Crítica al sesgo

POR
JOSÉ MIGUEL OVIEDO

RIBEYRO, LA IRONÍA; CISNEROS, LA DISTANCIA

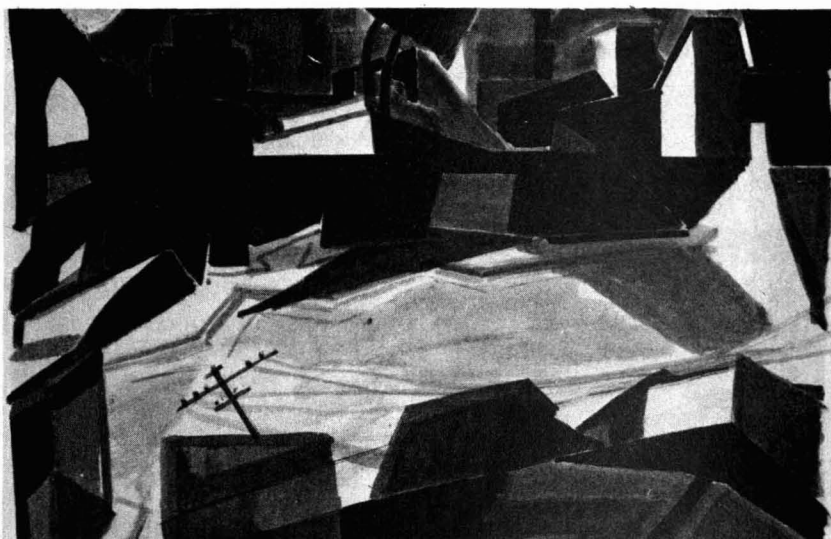
"Imaginar un libro que sea desde la primera hasta la última línea un manual de sabiduría, una fuente de regocijo, una caja de sorpresas, un modelo de elegancia, un tesoro de experiencias, una guía de conducta, un regalo para los estetas, un enigma para los críticos, un consuelo para los desdichados y un arma para los impacientes. ¿Por qué no escribirlo así? Sí, pero ¿cómo? y ¿para qué?". El párrafo es magnífico, no sólo por su honda verdad, no sólo porque va levantando una pirámide de sueños que al final destruye lanzándola al abismo y dejándonos perplejos, sino además porque resume el drama íntimo del acto de escribir, su grandeza y su miseria, su esencial equívoco. ¿Quién es el autor de esas líneas? Julio Ramón Ribeyro, un escritor peruano que, por una ironía que confirma su acierto en el pasaje, es leído y estimado en su país pero casi ignorado fuera de él, pese a eventuales traducciones y reediciones en el extranjero. Ribeyro (Lima, 1929) comenzó a escribir y publicar en su ciudad natal, allá por los años 50, pero ha producido su obra narrativa madura en Europa, básicamente en París, donde ha vivido casi sin interrupciones desde 1953. Hoy, con siete distintas series de cuentos, tres novelas, entre otros libros y trabajos literarios, sigue siendo un marginal, todavía demasiado joven para ser considerado un maestro (como Arguedas) y demasiado viejo como para remontar la ola del "boom" y aprovechar su impulso.

Y, sin embargo, hay que reconocer que, en sus cuentos, más que en sus novelas, es un auténtico escritor, un creador de un mundo imaginario inconfundible y un artífice de impecable conciencia del oficio (tanto en



sus limitaciones como en sus posibilidades) al que ha consagrado todas sus energías, sin estar él seguro de si ese empeño es una liberación o una condena. Quizá parezca exagerado llamar a Ribeyro un gran escritor, pero no cabe duda de que es un escritor *ejemplar*, es decir, uno que trabaja siguiendo pacientemente las vetas más hondas de su talento, ajeno a modas, corrientes de éxito o impulsos efímeros del movimiento intelectual. Ejemplar y ligeramente anacrónico, entonces, porque se sabe más de cerca de lo que aparece ahora como "tradición" que de la "innovación" que tanto desvela a muchos. Sus temas son los de siempre porque sus modelos literarios lo son: gentes humildes que luchan por sobrevivir en una hostil sociedad estratificada, aventuras triviales de pequeños empleados, obreros y sirvientes, brutales contrastes entre la ilusión y la realidad, tragicomedias sentimentales, líricas evocaciones de la infancia, cuadros de violencia y explotación social, ocasionales vuelos de fantasía pura. Si los temas son varios, el tono y la atmósfera son de una obsesiva constancia: la melancolía y la resignación ribeyrianas, que brotan de su incómoda convicción de que la vida es triste, pero que hay que vivirla con estoicismo.

Es otra nueva ironía que un hombre que ha dedicado su vida a la narración, haya producido lo que es seguramente una pequeña obra maestra en un género afín pero distinto y en todo caso indefinible: se titula *Prosas apátridas* y es un pequeño cuaderno de notas, reflexiones, apuntes de lecturas, páginas de un posible diario, etc. El libro apareció en Barcelona, en 1975. Si no me equivoco era su primer título publicado originalmente fuera del Perú. No ocurrió nada: lo leyó una minoría devota pero pasó desapercibida para los demás, como siempre. Probablemente pasará lo mismo con esta nueva edición de *Prosas apátridas aumentadas* (Lima: Milla Batres, 1978), que agrega a los 89 textos originales 60 más. No puedo recomendar un mejor libro para entender qué clase de escritor es Ribeyro, y lo digo aunque poco antes ha aparecido un tercer tomo de *La palabra del mudo* (Lima: Milla Batres, 1977), que recoge algunos cuentos realmente admirables. Las *Prosas* son algo más: una obra de sabiduría y de amor por la existencia, la literatura y la observación minuciosa de la conducta de ese extraño animal que es el hombre. Sus



relatos nos hablan de una imaginación y una experiencia singulares; las *Prosas* son, aparte de eso, un retrato de Ribeyro como individuo y como escritor, quizá un oblicuo testamento de un autor que eligió ser sobrio para no caer en la desesperación. Comencé con una cita y terminé con otra, cuya belleza terrible me golpea con la fuerza de un rayo: "Marcado al rojo vivo por un mal zodiacal, agobiado por cuentas vencidas e invencibles, privado de toda gracia creadora, sintiendo que de hora en hora caen sobre mí las paletadas de mi propio sepelio, enclaustrado por ello mismo en casa en esta tarde benemérita, me deleito sin embargo en mi encierro y tomo de aquí y de allá el zumo de las cosas, la frase de un libro, la línea de un grabado, la cadencia de una melodía, el aroma de una copa, la silueta de una idea que asoma, refule y desaparece, diciéndome que no hay nada más duradero que el instante perfecto".

Antonio Cisneros conoció desde muy temprano varias satisfacciones como poeta: notoriedad juvenil al comienzo de los agitados 60 (él había nacido en Lima, en 1942); su rápida figuración en antologías de la poesía continental; una fulgurante celebración de su obra con el Premio Casa de las Américas por *Canto ceremonial contra un oso hormiguero* (1968); numerosas traducciones y últimamente una importante beca para estudiar y recopilar la nueva poesía norteamericana. Aparte de eso, ha tenido una vida bastante internacional: primero Londres, luego Barcelona y Niza, más tarde Budapest. Cisneros es sin duda la figura central de una generación muy brillante, a la que pertenecen el desgarrado Javier Heraud —una leyenda por derecho propio tras su trágica muerte— y el virtuoso César Calvo. Su influencia

sobre la poesía peruana (y su autoridad sobre la hispanoamericana) se ha mantenido en estos últimos años, gracias a libros como *Agua que no has de beber* (1971) y *Como higuera en un campo de golf* (1972).

Los que lean ahora *El libro de Dios y de los húngaros* (Lima: libre-1, 1978), fruto de su última residencia europea, tendrán una sorpresa: el radicalismo juvenil de Cisneros ha cedido bastante, la ironía antiburguesa sigue asomando aquí y allá pero, en general, la rebeldía luce atemperada por la edad, la perspectiva desde la que se contempla a sí mismo y sobre todo por la aparición de una nota de espiritualidad cristiana, que antes habría sido nefanda. Curioso que ese encuentro con la religiosidad —no por la vía de la fe, sino de la simple comprensión humana— se haya producido en un país socialista y que la Hungría que estos poemas evocan o imaginan, sea la de piadosas familias, iglesias, cementerios; imágenes de una tierra de gentes devotamente apegadas a sus viejas tradiciones más que a los reclamos de la historia inmediata. El libro se abre con una reveladora actitud de penitente oveja descarriada:

porque estuve perdido, más que un grano de arena en Punta Negra, más que el agua de lluvia entre las aguas del Danubio revuelto. Porque fui muerto y soy resucitado.

Y también, más adelante:

Como el rostro de Dios son la certeza y el perdón infinito a tantas dudas.

("Sofía")

Perdóname Señor. Me aterra esa pradera inacabable. Sigo a la vida como el zorro silente tras los rastros de un topo a medianoche. ("Sólo un verano me otorgas poderosas")

Por cierto que esa nota se mezcla con otras, más reconocibles del autor: los rostros de muchas extranjeras tentándolo y huyendo, los ecos de la cultura europea despertando en él nostálgicas memorias limeñas, parodias y exaltaciones de la vida familiar (un motivo muy querido por Cisneros), bestiarios y pequeñas mitologías exóticas, rápidos apuntes del poeta viajero encantado con paisajes prestigiados por el tiempo y las pasadas glorias, etc.

Cisneros recorre estos territorios ya explorados por su poesía con la habilidad que los lectores le han aplaudido; me refiero a ese arte para alcanzar una dicción objetiva y como distanciada que produce una impresión de esmalte frío y nítido, pero al mismo tiempo atravesada por una mueca de humor ácido o una ráfaga de ternura que ilumina intensamente la escena y la muestra como algo más profundo y menos casual. Este pasaje ilustra mejor lo que digo:

Tu cabeza de arcángel italiano no se conviene con esos ojos llegados a caballo allende los Urales.

Pero eres bella como una fruta fuera de estación: (Y dices que tu madre lleva el rostro de las antiguas hembras de los hunos).

Amas los vinos fuertes y abundantes —el mar de España, dices— y maldices la luz de un patrullero a medianoche. Y no tienes papeles.

Hay varios momentos como éste que hacen el libro disfrutable. Pero hay otros en los que Cisneros convierte esa maestría en una técnica autocomplaciente y comienza a imitarse a sí mismo. Especialmente en la segunda parte del volumen ("En román paladino"), que es más liviana, el autor cede a la tentación del manierismo, la anécdota privada y la mención de menudos agravios y pasadas ofensas de la vida bohemia, sin nada trascendente que los redima. El peligro constante de su poesía ha sido el de jugar con un mundo de referencias personales que sólo él conoce y que, aunque divertidas para quien está en el secreto, se agotan en sí mismas. Hay una cierta hipertrofia romántica que debilita o asfixia otras vías abiertas de su creación. Cuando Cisneros se olvida un poco de los avatares más domésticos de su yo poético, es justamente cuando dice más (y más de él mismo) de lo que puede la mera poesía de circunstancias.

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

CARTAS A LUCRECIA

Mi bella amiga:

Usted ha pedido que diga en pocas palabras cómo era el arte de enamorar en mis tiempos. A tan gentil petición unió un expresivo apretón de manos, su sonrisa luminosa, y sobre todo un dilatar más aún las pupilas, de suyo despiertas, en acto preparatorio a la acción de entrecerrarlas después, con el ánimo de quien en el hecho de persuadir a un rendido escruta el misterio.

Y bien, en la imposibilidad de resistir el encanto que Dios le ha dado en buena hora, sin más moratorias que las necesarias, a continuación me aplico a decirle cómo se realizaba lo que usted llama enamoramiento hace varias décadas, cuando yo mismo acometía tal empresa con los resultados previstos por los militares que se juegan el destino a vencer o ser vencidos.

Para empezar he de decirle que no impondré métodos pedagógicos de sobra limitativos en el discurso, sino más bien recurriré a la anarquía expositiva que, con perdón de su mejor parecer, es lo que más conviene a materia tan vagarosa y opuesta a la razón.

En mis tiempos había, como los hay hoy en día, hombres jóvenes decididos a jugarse vida y corazón por una hermosa señorita, la que a veces ni era todo lo desdeñosa que es de temerse ni todo lo cordial que es de desearse, aun cuando la cordialidad resta en la mujer el resplandor de felina crueldad sobre la que asienta su iglesia.

El caballere te una vez avistado el enemigo, perdón, el objeto de sus instantáneos afanes, daba principio al asedio amoroso. Sin imponerse treguas abordaba en la calle a la bella

desconocida. Las primeras palabras inquirían por cualquier tema que tuviera relación con el tiempo, las cosas circundantes, el papel que cruza los aires, la araña en su tela. Sobre cualquier asunto, le ruego reconocerlo bella Lucrecia, menos sobre el filósofo Kant, quien era en mis tiempos lectura obligada o W. Churchill, quien ocupaba la atención del mundo mediante frases de lapidaria emoción belicista.

La joven inquirida (gentil talle, rostro de magnolia, pero nunca tan bella como usted, dulce amiga) detenía un poco la marcha. Miraba sin mirar hacia el espacio ocupado por el admirador y después de ensayar imperceptible sonrisa intentaba dar la respuesta tal vez solicitada. No lo hacía. Al instante se arrepentía de algo que empezaba a ser condescendencia; después, ya sin embarazos reanudaba la marcha hacia el fin de sus preocupaciones.

El caballere te, avezado o no en estos menesteres, no solía darse por derrotado a las primeras de cambio, pero sí por estimulado. Hay más, enigmática amiga mía, porque durante este primer contacto ya le habría sido permitido descubrir dos ojos tan luminosos como para no ser olvidados en los días de la vida. A continuación el enamorado añadía imágenes literarias: "Sus cejas, golondrina crucificada sobre atormentados lirios del rostro." Tendría, asimismo, reconocimiento poético el redescubrimiento de las pupilas: "astros desde donde el fuego lanza rayos", o en su caso, "reflejos provenientes de las aguas tranquilas de la mar, en donde el honesto mirar riza las olas de la melancolía". El instantáneo enamoramiento dulcísima Lucrecia, produciría fenómenos propios del barroquismo —achaque de enamorados no conformes con la materia viva tal como la sirve Natura y sí con la exageración de estilo que al tratar de magnificar recarga.

El caballere te habría tenido ocasión también de reparar en frente, orejita, naricilla aleteante, labios (¡ah, qué labios!), mejillas de satén, cabellera más bien prisión de apasionadas noches de malignos septiem-bres. Barbilla deliciosamente partida. Todo ello formando el orden en el cual la perfección no pospone el óvalo del rostro que en los tiempos heroicos habría enloquecido a París.

Hasta aquí la observación de lo honestamente visible.

El amador sabía más por intuición que por verificación visual con cuánta generosidad "las palmeras del desierto" cedieron su flexibilidad a la cintura de la bella señorita. No iría a consideraciones, pues, de otros teso-